

ción del enigma de la vida», *matriz* de la que surgen históricamente y a la que quieren hacer frente. En definitiva: *vida, expresión, historia*.

El capítulo que cierra este excelente trabajo pone de manifiesto que, si bien la fundamentación queda «diseminada históricamente» ante la inagotabilidad de la vida, es posible captarla y comprenderla en su trama y su estructura gracias a las expresiones que la re-crean y la exponen. Tras lo dicho, mejor, tras lo leído, podemos concluir con J. M. Navarro Cordón —cuyo prólogo sabe crear de antemano la tensión y el clima precisos para la lectura— que «el presente libro no es, sin más, un trabajo riguroso y pulcro sobre el pensamiento de Dilthey, sino un diálogo con él en las virtualidades que actualmente pueda ofrecer, diálogo mantenido tras la experiencia y apropiación de Heidegger y de Ricoeur».

Mercedes MUÑOZ DELGADO

PÉREZ DE TUDELA, J., *El pragmatismo americano: acción racional y reconstrucción del sentido*. Cíncel, Madrid, 1988; 234 págs.

Con el propósito de acercarnos y hacernos familiar el pensamiento de tres grandes filósofos norteamericanos —Charles Sanders Peirce, William James y John Dewey— está escrito este nuevo volumen de la serie que la Editorial Cíncel viene dedicando a la Historia de la Filosofía. Según nos advierte el autor en la Introducción, la elección de estos pensadores se debe, como bien puede apreciarse, no tanto a la inmódica pretensión de dar cuenta del pragmatismo en «el sentido generalísimo» que el vocablo encierra cuanto a la decisión metodológica de «no ocuparse sino de aquellos pensadores que, sea cual sea el “pragmatismo” inevitable en todo pensamiento y en toda actividad, se constituyeron en *orígenes conscientes* de ese *movimiento* que llamamos pragmatismo». Una decisión que, aunque no exenta de sorpresas y dificultades, viene posibilitada y aprobada por un conjunto de características —temporalismo y continuismo, anti-dualismo y anti-fundacionalismo...— compartidas por Peirce, James y Dewey.

Bajo la rúbrica de «Fenomenología, pragmatismo y ciencia» están redactadas las páginas dedicadas al «Leibniz redivivo» que fue Ch. S. Peirce. Como podrá adivinarse por ese título, Pérez de Tudela ha intentado trazar los rasgos cruciales del pensador que imprimió el sentido inicial al pragmatismo americano, puesto que «ante la imposibilidad de desarrollar en toda su extensión la sinfonía peirceana, optaremos por centrarnos en tres aspectos, íntimamente enlazados entre sí, que nos han parecido nucleares: uno, la *fenomenología peirceana*, marco quizá el más general de todas las especulaciones de nuestro autor. Otro, la *formulación, alcance y significado* de la *máxima pragmática*. Tercero, la concepción de la *realidad* que deriva de la *re-interpretación anti-cartesiana del conocimiento* efectuada por nuestro autor» (pág. 45). Y todo ello desde la perspectiva de la revolución científica contemporánea encabezada por la biología. A partir de la fenomenología como doctrina de las categorías, auténtico punto de arranque de la filosofía, y con la máxima pragmática como soporte desde el que elevarse hacia un nivel superior de claridad conceptual, rebelándose así contra la teoría intuiti-

vista del padre Descartes, llega Peirce a extraer una conclusión doble: el carácter cognitivo de la realidad y el carácter signíco del pensamiento. Lo que, por una parte, supone «la afirmación del principio de continuidad y, con él, para Peirce, de la inevitable remisión de cada cosa a lo que la contextualiza» (pág. 89); y, por otra, implica que «el hombre es un signo, y nada diferente, en sí mismo, del lenguaje que emplea y del pensamiento en el que está» (pág. 90).

La segunda parte del libro, dedicada a «el pragmatismo de un liberal», transcurre desde las tribulaciones psicológicas del filósofo W. James hasta su teoría de la realidad, a cuya pesquisa se aplican las preocupaciones y ocupaciones todas del autor de los *Principios de Psicología* de 1890: «La psicología de James, el pragmatismo de James, la teoría jamesiana de la verdad y, en definitiva, su análisis de las experiencias religiosas, son todos distintos caminos que parecen apuntar a un corazón común; corazón diverso, pero constantemente sugerido, anticipado, buscado: una teoría general acerca de la experiencia, o si se quiere, una teoría general sobre la realidad» (pág. 142). Una teoría que no es sino la del «empirismo radical». En ella, puesto que se tiene a la experiencia como principio, guía y fin de toda tarea intelectual, se realiza cumplidamente el postulado de «atenencia a la experiencia» en el sentido de «sólo lo que experimentamos, pero *todo* lo que experimentamos» (pág. 146). Con ella despeja W. James sus incógnitas sobre sí mismo y sobre la realidad al haber encontrado «una visión del mundo que deja sitio a la esperanza, a la vida esforzada (*the strenuous life*), a la ilusión, a la plasticidad y a la contingencia. Con su teoría, al menos, James cree estar en el derecho de decir que tales cosas no son imposibles» (pág. 153).

De quien se ha escrito que «es el filósofo de América» y que «fue el gigante de los pragmatistas» se ocupan las últimas páginas del libro que estamos presentando. J. Pérez de Tudela ha compuesto la expresión «Experiencia y reconstrucción» para exponer el pensamiento de J. Dewey. En efecto, aceptando el predominio generalizado del método científico e intentando proyectarlo al universo de los valores y los fines, Dewey se sitúa en una posición, que él mismo denominó «naturalismo empírico», «empirismo naturalista» y «humanismo naturalista», desde la que trata de restaurar la continuidad entre experiencia y naturaleza. Ello exige «reconstruir los conceptos clave de la tradición: el concepto de *experiencia* en su relación con el de *naturaleza*; el concepto de *conocimiento*. Re-construcción que pondría las bases de una filosofía “empírica” auténticamente “experimental”» (pág. 186). Una reconstrucción que, pivotando sobre el carácter globalizador y dinámico de la experiencia, nos abre las puertas a una filosofía del futuro que, al acabar con la separación entre teoría y práctica, medios y fines, tiene por meta «liberar las capacidades humanas, re-construyendo sus antiguos ideales inaccesibles en términos de *posibilidades* abiertas por su *imaginación* a la realización concreta» (pág. 202). Objetivo en el que inciden y coinciden tanto el empirismo experimental y el pragmatismo instrumentalista de John Dewey como sus teorías sobre la educación y la democracia, apropiadamente comparadas con las «facetas de un mismo diamante» (*ibidem*).

No pocos son los motivos por los que este trabajo de Jorge Pérez de Tudela sobre el pragmatismo ha dado lugar a un libro interesante, cuya lectura resultará grata; sobre todo si tenemos en cuenta las limitaciones y renunciaciones con que inicialmente había que contar, y que, a nuestro entender, el autor ha resuelto acertadamente. Si a ello unimos una estructura coherente y sólidamente hilvanada por

los textos de los propios autores en cada una de las partes del libro, a la que se suma un estilo que, sin desistir del rigor, facilita el acceso a la obra y la comprensión del pensamiento de «los padres fundadores» del pragmatismo americano, creemos que Pérez de Tudela ha logrado sobradamente lo que, según él mismo confiesa en las páginas introductorias, se ha propuesto: llevar a cabo el análisis de aquellos autores que, constituyendo la época «dorada» de la filosofía norteamericana, adoptaron el membrete de «pragmatismo» como seña de identidad. Discutir el proyecto aquí realizado puede resultar una postura gratuita que simplemente ignora que todos los intentos de dar una definición adecuada de «pragmatismo» han fracasado por el amplio campo semántico que ese nombre abarca.

Jose Antonio MARTINEZ MARTINEZ

SUÁREZ DOBARRIO, Fernando: *Francisco Sánchez y el escepticismo de su tiempo*. Caja de Ahorros Provincial de Orense. Orense, 1988, 173 págs.

La figura de Francisco Sánchez, el Escéptico, apenas si ha merecido un tratamiento digno y continuo por parte de nuestra historiografía filosófica, y las más de las veces ha sido utilizado para vindicar su origen español frente a los portugueses, que también lo consideran suyo. Pero poco importa su origen —ibérico en cualquier caso— cuando lo cierto es que pasó toda su vida en Francia (Burdeos, Montpellier y Toulouse). De aquí que haya que agradecer el libro de Suárez Dobarrío, sobre todo porque cubre esta lamentable laguna y porque aporta, además, un conocimiento exhaustivo de la filosofía de la época, y en especial del escepticismo.

Francisco Sánchez, que ha pasado a la historia de la filosofía por una única obra, *Quod nihil scitur* (Lyon, 1581), más citada que conocida, se encuentra en la encrucijada histórica del renacimiento preludiando ya la modernidad. Situarlo en el entramado de intereses que confluyen en aquella época, y que a la vez le dan esa peculiaridad distintiva, ha sido uno de los objetivos de Suárez Dobarrío. El capítulo dedicado al análisis de la corriente escéptica es modélico en este sentido. Comenzando por Ramus y Estienne, editor este último de las *Hypotyposes* de Sexto Empírico, se detiene sobre todo en el escepticismo humanista de Montaigne, Charron, Camus, Patin, La Mothe y Sánchez. No puedo pasar por alto el injusto olvido que el autor del libro hace del zafreño Pedro de Valencia, autor de *Academica sive de iudicio erga verum* (Amberes, 1596), explicación y comentario de las *Cuestiones Académicas* de Cicerón a la vez que intento de reconstruir la historia de la filosofía antigua, según el criterio escéptico, desde Platón hasta Epicuro y Potamón. Hay críticos para quienes, y este es el caso de Jean Cobos, Pedro de Valencia forma con Montaigne y Sánchez el triunvirato escéptico del último cuarto del siglo xvi. He de añadir que acaba de publicarse la primera traducción castellana de las *Academica* de Pedro de Valencia por José Oroz Reta (Diputación Provincial de Badajoz, 1987). La inclusión del filósofo